



Historia ambiental del caribe: una alerta para nuestro sur sur

**Entrevista a Reinaldo Funes Monzote, Académico e investigador Historia,
Universidad de La Habana**

Supimos de Reinaldo Funes por su artículo El gran Caribe en la metamorfosis de la tropicalidad, en el libro Un pasado vivo. Dos siglos de historia ambiental latinoamericana, publicado por Fondo de Cultura Económica en Colombia.

Su artículo desplegaba una perspectiva de historia ambiental para un territorio clave en la colonización americana. Veníamos de leer el libro El mundo del azúcar, de Ulbe Bosma y allí habíamos conocido de las preocupaciones de Álvaro Reynoso, en la segunda mitad del S XIX, por la deforestación de Cuba, causada por la masificación de la caña en ese mismo siglo, tras la revolución en Haití.

Su entrevista nos acerca a las reflexiones de una Cuba y de un Caribe, que en los 60 ocupaba un lugar central en nuestros problemas. Reinaldo Funes nos lleva a un horizonte de más largo alcance y centrado en la ecología. Pero nos recuerda que Cuba y todo el mundo centroamericano son una valiosa parte nuestra. La destrucción de La Española y de Cuba se inicia con la conquista misma. Los efectos a largo plazo de esa tragedia, que extingue a los pueblos originarios y hace del esclavismo una pesada carga moral, son el desastre ecológico que hoy viven.

A la par de ese desastre, hay un pensamiento creativo que busca entender y abordar las cuestiones locales. Conocer esos aportes es indispensable. Lo hizo Gabriela Mistral en su amor por José Martí y Lewis Hanke, cuando dedica su texto introductorio a La Historia de las Indias de Las Casas, a José Antonio Saco.

En el siglo XX se habló de marxismo negro, para intentar captar a pensadores del Caribe que bajaron el profundo impacto de la esclavitud, los monocultivos varios (el azúcar, quizás el más severo) sobre sus países. Habría que considerar que ni se trataba de un marxismo ni que todos eran afroamericanos. Fernando Ortiz y Sidney Mintz no lo eran, y son por supuesto fundamentales en

este esfuerzo reflexivo. Pero Cyril James, Eric Williams, Walter Rodney, Oliver Cox, George Padmore, Stuart Hall, si lo eran y deberían ser parte de nuestro acervo latinoamericano.

Con estas dos consideraciones, los invitamos a dialogar con Reinaldo Funes, historiador ambiental cubano.

Revista: Cuadernos Botánico Sociales (CBS)

CBS: Buenos días, muchas gracias por aceptar esta entrevista.

Reinaldo Funes (RF): Les agradezco por esta invitación. Aunque soy historiador, conozco algo del mundo de ustedes. Hace algunos años escribí un libro sobre la historia de la ciencia y la medicina entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX en Cuba. He trabajado también en temas de la historia ambiental relacionados con la botánica.

CBS: Perfecto. Nos gustaría conocer sus inicios y quiénes fueron sus referentes.

RF: Estudié la carrera de Historia en la Universidad de La Habana y me gradué en 1991, en los inicios de grandes cambios en Cuba debido al fin del campo socialista y el colapso de la URSS. Mis padres venían del área de ciencias agrícolas, mi padre agrónomo y mi madre bióloga, y ambos fueron fundadores del Movimiento de Agricultura Orgánica en Cuba. Esto influyó profundamente en mi visión como historiador a partir de entonces.

Mi hermano sí estudió agronomía y hoy es un famoso agricultor orgánico, tiene una finca muy conocida que lleva el nombre de nuestra madre fallecida en 2007, Finca Marta. Estuvo varios años como investigador en el área de la agroecología y decidió aplicar esos conocimientos en su proyecto de la finca. Mi proximidad a ese movimiento de la agricultura orgánica como alternativa a la crisis de la agroindustria desde la década de 1990 influyó mucho en el tipo de historia que yo quería investigar y contar. Lo otro fue que cuando yo me gradué en el año 91, comencé a trabajar en un departamento dedicado a los estudios de la historia de la ciencia y la tecnología.

Esta era un área que durante mis estudios en la Universidad de La Habana prácticamente

no se enseñaba. Aun hoy es muy poco tratada por la historiografía nacional. Eso me abrió otro nuevo horizonte para la investigación. Allí comencé a conocer sobre la historia de la ciencia en Cuba, acerca de la formación de una comunidad científica desde el periodo colonial, sobre todo las ciencias médicas y las ciencias naturales.

El lugar donde se encontraba ese departamento era el Museo de Ciencias que lleva el nombre de Carlos Finlay y que fue la sede de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana desde el año 1861. Ese lugar y ese trabajo, después de mi graduación, me inspiraron para adentrarme en el campo de la historia de la ciencia y la tecnología. Esos dos factores fueron muy importantes, sobre todo porque en ese proceso, durante esos años también, empecé a descubrir la existencia del movimiento de Historia Ambiental.

Mi tesis de graduación de la Universidad de La Habana había sido sobre la industria azucarera en la región de La Habana en los siglos XVII a inicios del XIX, pero con un enfoque de historia socioeconómica. Pero ya como investigador en el mencionado departamento de historia de la ciencia, volví a retomar el tema del azúcar con una nueva perspectiva, buscando sobre todo cuál había sido su impacto sobre el medioambiente. En medio de la crisis azucarera, quise investigar entonces qué había perdido Cuba por el auge de la industria azucarera o la economía vinculada al azúcar en su proceso de expansión a costa de los bosques de Cuba.

Por tanto, me moví desde la historia de la ciencia y la tecnología hacia la historia ambiental, que tiene un enfoque más crítico con los estudios tradicionales de la primera vinculados sobre todo a grandes figuras científicas e instituciones principales. No obstante, creo que ambos enfoques siguen siendo complementarios en mi trabajo. Hoy en día hago una historia ambiental que tiene un componente muy importante de historia de la ciencia y de la tecnología.

Mi primer libro, cronológicamente, sin contar la tesis de la universidad, se tituló *El despertar del asociacionismo científico en Cuba (1870 - 1920)*, que trataba la formación del movimiento científico, sobre todo, en el campo de la ciencia médica, farmacéutica, de la

odontología y las ciencias naturales. Los años de trabajo en el departamento de historia de la ciencia fueron muy importantes para la preparación de ese libro. En 1998 tuve la oportunidad de viajar a España para hacer estudios doctorales bajo la dirección del Dr. José Antonio Piqueras en la Universidad Jaume I de Castellón y la codirección de Miguel Ángel Puig Samper en el CSIC de Madrid. Desde un inicio la fui enfocado en trabajar desde la perspectiva de la Historia Ambiental, para estudiar la deforestación por el azúcar en Cuba desde inicios del siglo XVII hasta la década de 1920. Culmine el doctorado en 2002 y tuve la dicha de recibir al año siguiente el premio al pensamiento caribeño en la categoría de pensamiento medioambiental, concedido por el Estado de Quintana Roo, la UNESCO, la Universidad de Quintana Roo y la editorial Siglo XXI de México, que publicó el libro en 2004 con el título *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medioambiente en Cuba, 1492-1926*. Mas tarde una nueva versión fue traducida por la University of North Carolina Press y apareció en 2008 en inglés como *From Rainforest to Cane Field. A Cuban Environmental History since 1492*. En 2008 y 2010 tuvo dos nuevas ediciones en Cuba. Las ediciones en los Estados Unidos y en Cuba también recibieron premios en distintas categorías.

CBS: Quiénes fueron sus referentes intelectuales en este proceso?

RF: Como les decía, comencé a trabajar en un centro de historia de la ciencia y tecnología, que abrió mi horizonte hacia la historia ambiental y de la ciencia en Cuba. Allí tuve como colega a Pedro M. Pruna, uno de los pioneros para ese tipo de estudios en Cuba. Otros referentes incluyen historiadores cubanos como Juan Pérez de la Riva, Manuel Moreno Fragonal, María del Carmen Barcia, Oscar Zanetti, geógrafos como Antonio Núñez Jiménez, Salvador Massip y Levi Marrero. En España además de mi tutor José Antonio Piqueras Arenas, tuve la oportunidad de interactuar con historiadores ambientales como Manuel González de Molina. No puedo dejar de mencionar al profesor cubano Arturo Sorhegui, quien me dirigió el proceso de la tesis de licenciatura en la Universidad de La Habana, estudioso de la historia colonial de Cuba en los siglos XVI al XVIII. Hay otras influencias que

podría listar aquí, como los grupos de historia ambiental tanto de España, de Estados Unidos, de América Latina, con los que he tenido una larga relación de intercambio y de trabajo. Entre otros, puedo mencionar nombres como los de Guillermo Castro Herrera, Regina Horta, Dale Tomich, John McNeill, John Soluri, José Augusto Padua.

CBS: Imagino toda esa influencia diversa ¿Fueron creando como tu sello personal en cuanto a investigación? ¿Estás trabajando en alguna investigación o en algún libro en particular?

RF: Te comento, cuando viajé a España a hacer mi doctorado, aun me encontraba vinculado al departamento de Historia de la Ciencia en el Museo de Carlos J. Finlay. Pero al regreso del doctorado me incorporé a trabajar en la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre, donde aún me mantengo como coordinador del Programa de Investigación Geohistórica. Esta institución ha sido fundamental en mi carrera por varios motivos, como permitirme conocer de cerca el gran legado de su fundador, un geógrafo muy reconocido que participó en el proceso de la revolución cubana de 1959 hasta su fallecimiento en 1998. Fue un gran intelectual que vinculó en su obra, a lo largo de su vida, la geografía con la historia, que para él eran inseparables. Por tanto, esa búsqueda de la relación entre tiempo y espacio ha influido mucho en cada uno de los temas que he investigado. Y el apoyo también de la Fundación ha sido clave para poder desarrollar mi carrera entre Cuba y varios compromisos en el extranjero, que me ayudan a insertar los temas cubanos en un contexto regional y global más amplio. Y eso tiene que ver también con el camino que han ido tomando mis trabajos. Los primeros tiempos, ese primer libro con temas de historia de la ciencia. El segundo libro que se deriva de la tesis fue específicamente todo el proceso de la expansión de la industria azucarera en Cuba y sus consecuencias ambientales. Una historia de larga duración, mostrando todo el proceso de ocupación del espacio cubano por el azúcar y cuáles fueron las consecuencias ambientales de eso que obviamente fueron muy dramáticas.

Lo que trato de explicar en el libro es que más allá de la iniciativa de los gobiernos, de la

inversión de capitales, de los promotores de la industria azucarera, de la élite de la llamada “sacarocracia”, de la oligarquía azucarera, etc., Cuba debe mucho de ese auge azucarero a su naturaleza, a su ecología, al hecho de que contaba con bosques muy extensos que fueron destruidos para producir el azúcar de caña. Y ese proceso se extendió por muchas décadas, básicamente se produjo desde el gran salto inicial, tras la Revolución en Haití a fines del siglo XVIII, hasta después de la Primera Guerra Mundial. Es decir, prácticamente un siglo y tres décadas aproximadamente, en que los grandes bosques cubanos fueron destruidos para producir azúcar. Quedó algo de esos bosques en la zona montañosa más inaccesible, pero esos bosques después fueron objeto de destrucción a medida que la industria azucarera empujaba a los pequeños campesinos hacia las zonas de montaña para buscar su sustento. Y después también por la explotación maderera, o por la ganadería, etc.

Eso no quiere decir que solo fuera el azúcar, pero sin duda para una historia ambiental de Cuba, que sería uno de mis objetivos a largo plazo para escribir, hay que empezar por el azúcar y todo lo que implicó para la cultura y la sociedad cubana, la economía, porque quizás pocos países han estado identificados con un producto como los cubanos con el azúcar. Es verdad que también se habla del tabaco, el famoso Contrapunteo Cubano del Tabaco y del Azúcar de Fernando Ortiz, otro de los intelectuales que más me han inspirado en mi trabajo. Pero el tabaco siempre estuvo más limitado a espacios que no tenían comparación con la escala de la industria azucarera. La zona de Pinar del Río, junto a zonas de la región central y oriental, pero en términos del espacio geográfico en Cuba, eran territorios más reducidos, aunque también tuvieron sus implicaciones ambientales.

Por tanto, el azúcar y la ganadería, pienso, han sido los dos elementos fundamentales en toda esa transformación del espacio. Por este motivo en los últimos años comencé a trabajar más sobre la ganadería, porque la ganadería tiene muchas aristas desde el punto de vista ambiental y de la historia de la ciencia también, inclusive a través de algo tan próximo a la medicina como es la veterinaria, las enfermedades transmitidas por animales, etcétera.

Por otra parte, el consumo y la alimentación hacen que la ganadería sea un elemento muy importante de todas las transformaciones y los cambios socioambientales que se han dado en cualquier país. He estado elaborando esa idea de que más que un contrapunteo de tabaco y del azúcar, yo creo que el verdadero contrapunteo para nosotros en Cuba, como para muchos lugares de Latinoamérica, parece ser el de azúcar y ganadería. En otros lugares, otras formas de plantación o la minería y la ganadería.

Ya he publicado varios trabajos sobre el tema ganadero en Cuba, y en el futuro aparecerán en forma de libro alguna de estas investigaciones. También me he concentrado sobre la región del Gran Caribe, que es uno de mis objetivos a mediano plazo, escribir una especie de historia ambiental de síntesis del Gran Caribe. Ya he escrito varios artículos, unas veces por petición de otros colegas. Por ello en ocasiones tratan del caribe insular y las menos sobre el área más amplia que recoge el concepto de Gran Caribe para sumar a los territorios continentales de la cuenca. Es muy importante ver esa historia ambiental de una manera conectada regionalmente. Todas las historias nacionales son únicas de alguna manera, pero son a la vez comunes con otras naciones en muchos otros sentidos. A medida que hacemos más esta historia ambiental, hacemos más énfasis en los puntos en común.

Como fruto de mi trabajo en la Fundación Núñez Jiménez, escribí un libro que no sé si ustedes conocen, que es una especie de historia ambiental de Cuba durante la Guerra Fría. Se titula Nuestro viaje a la luna. La idea de la transformación de la naturaleza en Cuba durante la Guerra Fría. Es decir, empieza en el año 1947 y termina en el año 1991, aunque tiene referencias a fechas anteriores o posteriores a esa cronología. Por supuesto no abarca todos los temas ambientales, pero si incluye tiene muchos de los temas más polémicos que se debaten y se discuten sobre la cuestión ambiental en Cuba durante ese período, mas allá del parteaguas de 1959, explorando continuidades, cambios, y bueno, cuáles fueron los procesos quizás más relevantes desde ese punto de vista, a partir de esa idea de la transformación de la naturaleza, o de la geotransformación, como le denominaba Antonio Núñez Jiménez.

CBS: ¿En qué investigaciones está trabajando actualmente?

RF: He trabajado en varios libros, incluyendo uno sobre la expansión de la industria azucarera en Cuba y sus consecuencias ambientales, conectando historia de la ciencia e historia ambiental. También investigo la ganadería, sus implicaciones ambientales y su relación con la historia de la alimentación y la medicina veterinaria. Actualmente, trabajo en un proyecto sobre historia ambiental del Gran Caribe y en la Fundación Antonio Núñez Jiménez. (creo que esto se repite y se puede eliminar)

CBS: ¿Ha encontrado puntos en común en la historia ambiental de América Latina?

RF: Sin dudas, hay muchos procesos similares: deforestación, expansión de plantaciones, ganadería, pérdida de biodiversidad. Estos procesos ocurrieron en el Caribe, Cuba, Centroamérica y Sudamérica, con diferencias históricas y tecnológicas, pero con patrones similares. La ganadería y los cultivos de plantación han sido motores de la transformación socioambiental de los territorios.

Existen muchísimos puntos en común cuando se hace esa historia ambiental, y que pueden ser aplicables, tal vez no simultáneamente, pues estos procesos ocurren primero en unos territorios, después van hacia otros territorios, la expansión de la frontera agrícola, por ejemplo. Ocurre primero, en las islas más pequeñas del Caribe, la llamada Revolución Azucarera en el siglo XVII y XVIII, y ahí se ven todos esos procesos de aceleración de la deforestación, de transformación del paisaje, de pérdida de biodiversidad, y otra serie de fenómenos, vinculados a esos procesos de expansión de las plantaciones. Eso se repite en Cuba en el siglo XIX, y a principios del siglo XX con las plantaciones bananeras en Centroamérica, o el norte de Sudamérica, Y lo podemos ver también en otros territorios, en la zona donde hubo plantaciones azucareras, en Argentina, en México, en Centroamérica. Son procesos muy similares, por ejemplo, hoy en el Valle del Cauca, una de las zonas de mayor producción azucarera actualmente, muchos de esos fenómenos están presentes. Por supuesto, la tecnología cambia, los momentos históricos cambian, y ahí hay también diferencias. En el caso de las regiones

mineras, es algo que ustedes conocen muy bien en Chile, es decir, hay grandes coincidencias a escala continental. Se están haciendo las historias ambientales de los territorios mineros, y por supuesto también hay muchos puntos en común en los distintos momentos históricos.

La ganadería es lo mismo, una de las actividades más extendidas por toda América, incluyendo desde Canadá hasta Chile y Argentina. Por tanto, cuando uno estudia esa ganadería, los cambios, las transiciones en esa ganadería, se van a encontrar muchísimos puntos en común. De hecho, se crean expresiones culturales diferentes, pero cuando uno las estudia comparativamente, se encuentran muchas cuestiones en común, y eso trajo también la formación de una cultura ganadera. Creo que en Chile hay un personaje típico o prototípico de ese mundo ganadero, que es el Huaso. También está el gaucho en Argentina, Uruguay y Brasil, como el llanero en Venezuela y Colombia. A la medida pienso yo que nos acercamos más a la historia política, a la historia nacional, más específica, ahí podemos encontrar muchas más diferencias.

Pero en los fenómenos más de la base, de la infraestructura, encontramos muchas cuestiones continentales. Y bueno, ahí también están, por supuesto, las relaciones con otras potencias, el colonialismo, el imperialismo, etcétera, que igual afectan en menor o mayor grado a toda la región, porque la han afectado históricamente. Para eso hay que hacer esos estudios comparativos también.

CBS: ¿Cree que hay avances en remediación ambiental en Cuba?

RF: Sí, hay una mayor conciencia ambiental y reforestación en algunas zonas, cambios en los patrones económicos y crecimiento de la agricultura orgánica. Sin embargo, los problemas persisten y dependen de factores sociales y económicos. La educación, la sostenibilidad y el decrecimiento son conceptos que ayudan a entender estas problemáticas. Qué remediación, hacia dónde vamos, hacia dónde vamos con esto, ¿Qué se puede hacer? En medio de la actual crisis económica se observan algunos retrocesos.

Estimo que hay cada vez mayor conciencia sobre estos temas, a nivel global, incluyendo, por supuesto, Cuba, la región del Caribe. Si uno

lo mira, por ejemplo, en términos de deforestación hoy es mucho menor que en períodos anteriores, por supuesto, también la cantidad de bosques originales que quedan hoy es muy pequeña. Pero en todos los países, en gran parte, por lo menos en los países de la región, refiriéndome a las islas, hay un crecimiento de la zona boscosa en los últimos tiempos. Eso es positivo, una señal positiva que tiene que ver con la conservación, pero también tiene que ver con los cambios en los patrones económicos, de desarrollo económico, como la dependencia cada vez mayor del turismo de masas, que genera a su vez nuevas problemáticas ambientales.

Por tanto, eso hay que evaluarlo de una manera no tan lineal, sino cuáles son los motivos que hay detrás de ese crecimiento de la cubierta forestal, porque la mayoría, muchos de estos países, sobre todo de las islas, dependen hoy más del turismo. Y no quiere decir que el turismo, por ejemplo, sea mucho más sostenible que las economías de plantación anteriores. Eso es relativo, porque muchas veces la dependencia aumenta. La dependencia del flujo de turistas, la dependencia de la importación de alimentos, la huella ecológica probablemente también.

Es decir, hay diferentes maneras de medir estos impactos ecológicos o ambientales, pero creo que en general ha habido un consenso, una mayor conciencia en los países de la región hacia temas como la protección de la biodiversidad, la creación de áreas protegidas, también cuestiones como el tema del agua, por ejemplo, la conservación de las fuentes de agua. Igual podríamos incluir la cuestión de las epidemias, las enfermedades. En fin, yo no soy ni completamente optimista ni tampoco pesimista. Es decir, yo creo que muchas de las situaciones que nosotros tenemos desde el punto de vista ambiental tiene que ver con la sociedad en que vivimos, una sociedad urbana, industrial, donde la mayoría de nosotros somos más consumidores que productores, que productores, y por tanto muchas veces nos cuesta trabajo ver cómo nuestros hábitos, nuestra vida diaria afecta o influye o no sobre la relación con el resto de la naturaleza, con el ambiente. Este sería un reto hacia el futuro.

Y bueno, no se trata de volver a un pasado idílico. Es decir, cómo la sociedad puede ir creando mayor resiliencia, mayor grado de

sostenibilidad a partir de acciones colectivas y acciones individuales. Yo, por ejemplo, desde el punto de vista filosófico, estoy próximo o cercano al debate que existe hoy en día sobre la cuestión del decrecimiento. Sabemos que, como filosofía política, filosofía económica, generalmente se habla el nombre de crecimiento y de desarrollo entendido como crecimiento económico. Sin embargo, es algo muy complejo porque no puede haber desarrollo o crecimientos infinitos en un mundo finito. Y de ahí vienen todos los debates desde el campo de la ecología política, ¿no? Es decir, cuántas veces estamos consumiendo la capacidad de regeneración del planeta que hoy en día tiene que ver con el grado también de la desigualdad del consumo.

Hay sociedades que consumen mucho, sociedades que no consumen o que consumen muy poco. Por tanto, su impacto ambiental es muy bajo. Entonces, todas esas cuestiones yo creo que son las que tenemos que enfocarnos cuando hablemos del tema ambiental.

Más allá, por supuesto, de los temas que hemos investigado, la deforestación, cuestiones históricas. Yo creo que todos estos temas hay que verlos con una mirada, una perspectiva histórica de cómo ha ido cambiando nuestra sociedad gracias al incremento de esos flujos de energía y de materiales de la sociedad contemporánea. ¿Cuánto dependemos de los combustibles fósiles? Por ejemplo, ¿Cuánto hemos dependido de esos combustibles para producir alimentos? ¿Cuánta energía utilizamos para producir alimentos y cuánta energía tenemos a partir de esos alimentos que se producen? ¿Cuál es el estado de los recursos que tenemos a nuestra disposición? Y de ahí tiene que ver hasta con cuestiones geopolíticas. La lucha por los recursos, los países ricos, los países pobres.

En la medida en que todos vamos adquiriendo mayor conciencia de esas problemáticas, podemos construir mucho más desde nuestro respectivo espacio, nuestro respectivo ámbito de acción. Entonces, ¿cómo, por ejemplo, un país que ha tenido una política ambiental que ha avanzado mucho más desde la década del 90 en plena crisis? Algo que podría parecer una contradicción, pero a veces las crisis contribuyen a crear esa conciencia ambiental. Ahora, ¿qué pasa si la situación económica mejora? Probablemente mucha gente se olvida de

lo que tiene que hacer en tiempos de crisis y eso es una cuestión también que puede parecer una contradicción. Entonces, ¿cómo hacer esas soluciones más sostenibles, permanentes?, que es algo a veces más difícil pero, al mismo tiempo, necesario por razón de la propia crisis económica. Si no tienes los recursos para asumir estos temas, entonces también vas a tener un déficit. Tener una economía que permita los recursos para hacer esa transición, a una sociedad más sostenible, es importante en la situación actual.

Cuba es más reconocida a partir de esa transición de la década del 90, por ejemplo, por la agricultura ecológica, por haber implementado programas para impulsar la agricultura orgánica, aunque esta por sí sola no sea capaz de solucionar la falta de alimentos. Este tipo de agricultura era más sostenible que la agricultura que se hacía anteriormente, que dependía de muchos más insumos. Importados o insumos químicos, etc. Entonces, otros países son más conocidos, como el caso de Costa Rica, por los esfuerzos en la conservación. Sin embargo, su agricultura depende mucho más de los químicos hoy en día.

Es complejo porque depende mucho de la situación específica de cada uno de los territorios. Y al mismo tiempo de las cuestiones que existen en común. Creo que existe una conciencia a nivel latinoamericano, a nivel caribeño, de que muchos de estos temas hay que verlos de manera conjunta, entre los gobiernos, los movimientos sociales, los diferentes actores.

CBS: Reinaldo, te quería preguntar que cuando tú te refieres al decrecimiento, por un lado, claro, está esto de la diferencia de unos que consumen mucho, otros que casi no consumen, y sería también, sería integrado el término de decrecimiento con dejar de consumir cada uno de nosotros.

RF: Es un tema que se debate mucho en grupos de estudios sobre la cuestión del decrecimiento, porque estos grupos son contra-hegemónicos respecto de la visión convencional de la economía, basada en la idea del crecimiento, ¿no? Entonces, estos, los que proponen decrecimiento, plantean que la solución a los temas ecológicos ambientales es ir haciendo un decrecimiento sostenible, es decir, que los que más consuman vayan reduciendo su nivel de

consumo a partir de determinadas soluciones específicas que ellos discuten y proponen, y que los que tienen un bajo consumo puedan elevar su estándar de vida y su nivel de consumo. Van a ir creando como un espacio común, sostenible, que sería como la huella ecológica aceptable dentro de los límites de nuestro planeta. Es decir, cuando la mayoría de la humanidad se acerque a una huella sostenible, la sociedad en su conjunto en el futuro podrá sobrevivir a esa situación de crisis, como la generada por el llamado pico petrolero. Que de pronto la sociedad se quede sin energía, se quede sin combustible. ¿Cómo hacer que esa sociedad sobreviva a ese shock, a ese impacto? En ese sentido, vuelvo a Cuba, porque vivimos una especie de pico petrolero durante la crisis del 90. Y hoy de alguna manera se repite debido a la crisis aun persistente post covid, en la que mucho ha influido la política de sanciones del gobierno estadounidense.

Entonces, ¿cómo aprender de esas lecciones traumáticas? Porque obviamente a nadie le gusta vivir con esa situación. Entonces, ¿cómo crear las condiciones para que esos impactos sean menores? O impedir que sobreviva solo los más fuertes o los más ricos, los que más dinero tienen, ¿no? Entonces, esos son debates que existen en ese tema de crecimiento. Sobre todo, reduciendo el consumo, la huella ecológica de determinadas sociedades.

Hay muchos indicadores que te dicen cuánto consume un europeo promedio, cuánto se consume en cada país alrededor del planeta. En algunos casos las huellas son muy grandes y en otros las huellas son muy pequeñas. Entonces, ¿cómo equilibrar más esa situación? Por ejemplo, se conoce que Estados Unidos, con el 5% de la población, consume el 25% de los recursos del planeta.

Si cada país, o si ahora por ejemplo China, asume esos mismos patrones de consumo, obviamente no hay planeta que aguante, no hay recursos. Hay una visión más optimista que dice que no importa porque hay otro planeta. Pero bueno, de momento solo tenemos uno.

Y esas son cuestiones, digamos, que llaman la atención a ese movimiento. Es uno de los muchos movimientos dentro de la economía política que discute y debate sobre esto. Otros hablan del estado estacionario, el crecimiento cero. Pero

el del decrecimiento, para mí, es uno de los más realistas, me parece. Aunque uno pueda pensar que es todo lo contrario. Porque, por ejemplo, un lugar como Cuba, hacer una propuesta de decrecimiento no va a ser muy bien recibida, pues las personas en general tienen una demanda de mejorar su situación y su nivel de vida. Entonces, eso hay que ponerlo en la balanza.

Lo anterior implica también un determinado número de carencias dentro del país. Que mucha gente realmente debe mejorar su situación, su nivel de vida, a nivel de sociedad y a nivel personal también. Puede ser muy bueno que uno les diga a las personas que somos el lugar más sostenible, pero las personas también tienen aspiraciones, necesidades. Y la sociedad o el estado tiene que trabajar en función de solucionar por lo menos esas necesidades básicas de la población. Como los servicios médicos, los servicios sociales, en general la educación, por ejemplo. Cuba generalmente aparece en buenos rankings del índice de desarrollo humano y el de la huella ecológica.

Sin embargo, desde el punto de vista del desarrollo económico, los indicadores ahora son negativos durante mucho tiempo. Y en realidad, esos indicadores siguen siendo los que predominan en el sistema global en que vivimos, el sistema económico actual.

CBS: Finalmente, ¿qué opinión tiene sobre la interdisciplinariedad en la investigación ambiental?

RF: Es fundamental. La historia ambiental y la historia de la ciencia permiten vincular ciencias sociales y naturales. Es importante entender los impactos sociales, culturales y políticos de la interacción con el mundo natural. La interdisciplinariedad enriquece la comprensión y permite enfoques más holísticos.

Después están los científicos, que desgraciadamente muchas veces los conocemos mucho menos que a los políticos en general o a los patriotas, a los que han incidido más en la historia nacional desde el punto de vista de la historia como historia de la política, de las guerras de independencia. Pero muchas veces cuando uno estudia a estas figuras que participaron en las guerras de independencia, no eran solo políticos, tenían otra vida también, incluyendo la vida profesional. Entonces, tenemos un déficit de ese tipo de historia para reconocer a esas figuras, a

esas personalidades que tanto han influido en nuestro trabajo, en el mismo campo de la historia de la medicina, de la historia de la farmacéutica.

Y realmente yo creo que la historia ambiental y la historia de la ciencia contribuyen a dar a conocer muchas de estas figuras. Por ejemplo, Álvaro Reynoso en mi trabajo, al hablar de la industria azucarera, es uno de los que resaltó, en su famoso Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar, publicado por primera vez en 1861, que el ritmo de deforestación que estaba sufriendo Cuba por la caña de azúcar era insostenible, como se diría hoy. Y por tanto el ritmo de abandono de las tierras y deterioro de los suelos.

Es decir, que ellos, hace más de 100 años, tenían preocupaciones similares a las que estamos conversando hoy en día o a las que tienen hoy muchas personas sobre las cuestiones ambientales. Entonces, podemos buscar inspiración en la Historia Ambiental. Y hay otros muchos científicos, por ejemplo, Alejandro de Humboldt, que estuvo en Cuba, que escribió su ensayo político sobre la isla de Cuba, donde también se refiere a alguno de estos temas, donde hace una crítica a la esclavitud, donde habla en términos de lo que podríamos denominar hoy autosuficiencia alimentaria. Por ejemplo, la necesidad de producir alimentos en lugar de los productos de plantación solo para exportar y obtener altos beneficios. Es decir, él criticó ese grado de dependencia que se crea a partir de estos cultivos de plantación y sobre todo en aquel momento que explotaba el trabajo de esclavizados, traídos desde África.

El caso de Carlos Finlay, por ejemplo, con su hallazgo del mosquito *Aedes aegypti* como transmisor de la fiebre amarilla, que es uno de los más conocidos, Es decir, el legado de todas estas figuras nos nutre y nos ayuda a pensar hoy en día en todos estos debates que nosotros tenemos.

La lista sería muy larga, pero coincido con él. Y luego están los que han escrito esa historia, como el caso de Fernando Ortiz, de Julio de Libera, de Levi Marrero, de Antonio Núñez Jiménez, Juan Pérez de la Riva, que te lo mencioné antes, que su hermano también era historiador, escribió un libro sobre el café. Y hay muchísimos otros, ya te decía, hasta los más recientes. Somos afortunados que tenemos una tradición a la que debemos venerar y que podemos continuar.

CBS: Yo quería decir algo que me pareció bastante interesante. Hay una tendencia actual, que a través de un objeto se puede construir una historia.

RF: Eso es algo que me gusta mucho del enfoque de la historia ambiental. Que uno puede hacer una historia a partir de un producto determinado en la zona de producción y en la zona de consumo. A veces lo vemos por separado y verlo junto es muy provechoso.

Hay un libro famoso de Sidney Mintz, Azúcar y Poder, que lo hizo para el siglo XVII y XVIII en el caso de las Antillas Británicas y la relación con el mercado en Inglaterra y en Estados Unidos. Son enfoques muy ricos porque muchas veces cuando vemos estos temas como consumidores, sobre todo en la sociedad contemporánea, no sabemos de dónde provienen. Cuáles son los costes ambientales, las implicaciones de consumir uno u otro producto. No sabemos o tenemos una vaga idea de cómo vive la gente alrededor de una mina o cuáles son las consecuencias de una mina cuando la sociedad contemporánea tiene una alta dependencia de esos minerales.

Desde luego, se puede hacer la historia de determinado producto, como el azúcar, el café, las bananas, la soja o el cobre, así como otros ya elaborados como la Coca cola o el Guaraná de Brasil. En los últimos años, se ha hecho cada vez más historias de la relación con los animales o de la explotación comercial de estos. En la historia sobre los animales se puede hacer la historia de una especie y la historia de un animal específico, pues a través de ese animal expresa otra serie de interrelaciones. Asimismo, la historia de la ciencia y de la medicina se prestan mucho para ese tipo de investigaciones. Hay algo muy importante, yo creo, de la historia ambiental y es que ha traído de vuelta, la historia de la ciencia también, otros enfoques que ponen énfasis en la materialidad de la vida humana y no humana.

Pero cada vez más esas fronteras se borran. Entonces, hoy en día, por ejemplo, hay todo

un movimiento de humanidades ambientales. Entonces, ¿cómo las humanidades pueden contribuir? Porque eso es otra cuestión. Muchas veces creemos que las cuestiones ambientales son propias del campo de las ciencias naturales.

Pensamos en la zoología, la botánica, la geológica o en la ecología. Sin embargo, en realidad muchas de las cuestiones ambientales más acuciantes tienen que ver con la sociedad, tienen que ver con las cuestiones sociales, o con la interacción entre esas cuestiones sociales y las que surgen de la relación con el resto de la naturaleza. Y eso ha sido un deseo de siempre, cómo unir más las ciencias sociales con las ciencias naturales.

Y buscar una comprensión mutua. En mi experiencia profesional he tratado de simultanear con mis colegas historiadores y las Ciencias Sociales, con otros provenientes de las Ciencias Naturales o técnicas que se dedican a determinados temas donde hay un componente de las Ciencias Sociales muy importante, incluso para hacer una crítica de lo que los científicos probablemente no ven desde su perspectiva disciplinar. Yo creo que para los científicos sociales sería lo mismo.

Ese esfuerzo interdisciplinario, resulta difícil en la práctica muchas veces y en particular para un historiador, porque los historiadores generalmente hemos hecho un trabajo muy en solitario. Porque es un trabajo muy centrado en el estudio de los documentos y los libros, pero que sin dudas se beneficia mucho de ese intercambio con otras disciplinas.

Les agradezco la invitación para una revista como la de ustedes. Gracias. En principio pensé que no tendría que ver mucho con la historia, probablemente, pero que ustedes hagan ese esfuerzo por incorporar aspectos sociales en la botánica y las ciencias médicas me parece excelente.

CBS: Muchas gracias por su tiempo y por compartir su experiencia.

RF: Gracias a ustedes, ha sido un placer.